

CUADERNOS DE FORMACIÓN LIBERTARIA

5

LOS MUNICIPIOS
LIBRES
(Ante las puertas de la anarquía)

Federico Urales



ATENEOLIBERTARIO CARABANCHEL LATINA

2022

LOS MUNICIPIOS LIBRES

Ante las puertas de la anarquía

Federico Urales

ADVERTENCIAS PREVIAS

Al coger la pluma para escribir este folleto tenemos dos propósitos principales: el de exponer el ideal anarquista según nosotros lo entendemos y el de decir cómo podría ponerse en vigor, también según nuestro criterio. Si acertáramos en la exposición de nuestro, querido ideal, en el modo de acercarnos a él y aun en el de empezar a practicarlo, nos daríamos por muy satisfechos y estimaríamos bien pagado nuestro trabajo.

Así, pues, contra nuestra humildad y aun contra nuestra costumbre, pretendemos dar a este folleto cierta trascendencia ideal y revolucionaria, en el sentido de cambiar la estructura social, las ideas y las costumbres de los hombres.

Ante todo, creemos necesario convencer a las masas asalariadas que la evolución de la sociología ha elaborado para ella, una doctrina social que ha de emanciparlas de la tiranía capitalista y aun de la tiranía de todas las instituciones que se fundan en el trabajo y en la esclavitud de los más.

La tierra solo ha presenciado una evolución de clases y de castas, y todas estas clases y castas han tenido un programa y un destino propios. Hemos visto la casta de los sacerdotes. Hemos visto la casta de los patricios; la de los nobles; la de los burgueses, y ahora empieza a formarse la clase de los trabajadores. Pues bien, todas esas clases y castas han tenido un ideal propio y diferente de las demás. Han

gobernado los sacerdotes; han gobernado los patricios; han gobernado los nobles; han gobernado los burgueses, y ahora propugnan por gobernar los trabajadores, cada uno con una defensa a ultranza de sus intereses.

Hay que advertir que esas castas han gobernado, es decir, han explotado a la sombra del guerrero. El guerrero era el amo; los demás, sacerdotes, patricios, nobles, mercaderes y esclavos fueron sus servidores. Tanto es así, que hasta nuestros días ha llegado el predominio del guerrero o del bandolero, porque todos los llamados grandes capitanes no han sido otra cosa que bandidos afortunados. Bandidos que, por sus proezas, han tenido servidores y aduladores que procuraron convertir sus rapiñas en leyes justas y propiedades legítimas.

Pero destacaremos de todas estas clases las más cercanas a nosotros, los que hemos vivido, o las que hemos soportado o ha soportado el pueblo. La clase noble, alrededor de la cual vivía el sacerdote, y la clase burguesa, alrededor de la cual continúa viviendo el sacerdote. Esto es, el sacerdote ha servido, siempre, los intereses de la clase dominante.

La clase obrera es la única que va prescindiendo del sacerdote, y a la que, por otra parte, el sacerdote no se acerca porque es pobre, y también prescinde del guardia de seguridad, que es el complemento del sacerdote para los intereses de los señores.

Estas clases han tenido su doctrina política. El gobierno absoluto, que provenía de Dios, según el que lo ejercía, para que obtuviera más respetos y más temores. El gobierno constitucional, que provenía de Dios y del pueblo. El gobierno demócrata, que sólo proviene del pueblo, Cada uno con sus leyes y con sus maneras propias. Las de la burguesía contra los privilegios de los nobles y las del proletariado contra los privilegios de los burgueses.

La burguesía tiene su manera de dominio. No son las lanzas del noble, pero son los cheques, por medio de los cuales tienen el mundo bajo su dominio. Y así como superior a las lanzas había un principio, el del mayor número de lanzas, así también superior al cheque hay otro principio, el del mayor número de cheques.

Las sociedades no han salido aún del imperio de la fuerza, que representa un fusil, o de la explotación, que representa una caja de caudales.

A los capitanes de la antigüedad no se les ocurrió que para emprender una guerra necesitaban dinero. Con soldados tenían bastante. El dinero era el botín del enemigo, y, en caso de derrota, el del amigo. Saqueaban avanzando y saqueaban retrocediendo. Pero apareció el cheque, y al aparecer este ya dijo Napoleón que para guerrear y vencer se necesitaba dinero, dinero y dinero.

La burguesía, con la Constitución, se apoderó del poder de los reyes. Los socialistas, con la Democracia, piensan apoderarse del poder de la burguesía. La dictadura que preconizan los comunistas de Estado no es más que una forma de llamar las cosas por su nombre. En realidad, el Poder siempre es una dictadura, tanto cuando lo representaban los reyes por si solos, como cuando lo representa la burguesía con ayuda de los trabajadores, lo mismo que cuando lo representarán los socialistas y los comunistas. El Poder es siempre dictadura del menor número armado, contra el número mayor sin armas. Por esto los poderes no quieren más hombres armados que los que están a su servicio para defenderlos, sea el gobierno monárquico, sea republicano, sea socialista o comunista. El Poder es dictadura, y dictadura contra los que no están representados en él.

Cuando un gobierno dice: hay que hacer respetar la ley, quiere decir que los otros han de respetar su ley. Es más, las leyes serán respetadas por la misma clase que las ha dictado, en tanto por medio de su ejercicio no padezcan sus privilegios. Por esto la burguesía, lo mismo la monárquica que la republicana, que mañana la socialista, borran de su Constitución aquellas leyes que, usadas por la clase contraria, pueden castigar sus franquicias. Así ocurre con las leyes de reunión, asociación o libre manifestación del pensamiento. Aquí, en España, hemos visto a la izquierda burguesa y a la derecha socialista establecer el frente único para dictar, en la propia Constitución izquierdista, una Ley de Defensa de la República que anula por completo toda la Constitución, volviendo a los tiempos de la dictadura cortesana de Primo de Rivera que la República derrotó. Lo que ha

hecho el gobierno español es lo que hacen y lo que harán todos los gobiernos cuando vean en peligro, no ya su ideología, sino su propia existencia como gobernantes.

De aquí que el respeto a la ley sea una falsedad, más o menos adornada de una apariencia legal, que solo asusta y detiene a los que no están en el secreto. Las leyes son tan mentira como los santos de la iglesia. En sus milagros no creen los sacristanes, como no creen en la verdad y en la pureza de las leyes los que las escribieron ni los que las aplicaron, porque son los primeros que las burlan según su conveniencia.

La lucha no ha de establecerse entre poderes ni entre leyes. Un Poder no es mejor ni peor que otro. Una ley no es mejor ni peor que otra. Todas tienen el mismo principio el mismo fin: dominar y engañar. La lucha ha de establecerse entre el Poder y la libertad; entre el Estado y el individuo.

UNA SOLA LIBERTAD PARA TODOS LOS HOMBRES

La filosofía, que la evolución del pensamiento ha convertido en sociología, escribió una doctrina fuera de las leyes y de las conveniencias burguesas. La igualdad ante la ley se ha convertido en igualdad ante la vida. La libertad que acaba donde empieza otra se ha convertido en una libertad continua, amparada por el deber y la necesidad que todos sentimos de ser libres y de que lo sean los demás.

La sociología actual, al acabar con los intereses de clase, ha acabado, también, con la libertad de clase. Si acabamos con los privilegios individuales y colectivos, como pretende el socialismo moderno y desinteresado, acabamos con aquella libertad que acaba en uno y empieza en otro.

La ideología sin intereses de clase ni particulares no puede coartar la libertad de uno para que, a renglón seguido, vaya la del otro. Si el interés es de todos, la libertad habrá de ser, también, de todos. Si yo no tengo un interés particular, no podría hacer uso de la libertad para perjudicar a un tercero.

Esta es la libertad anarquista, y no decimos la socialista, porque la socialista sostiene aún el interés privado, al sostener la existencia de una clase privilegiada que ha de ejercer el Poder, esto es, la dictadura a favor de sus principios, que no son ni pueden ser los de la humanidad.

Desde el momento que la evolución de la filosofía ha llegado a concebir un ideal para todos los hombres, desaparece la libertad y el interés de clase. Este es nuestro caso.

Por vivir en una sociedad que no asegura la vida de nadie, nos hemos de pasar el tiempo pensando cómo engañar al prójimo.

Y es inútil que digamos: la libertad de uno acaba donde empieza la de otro; la libertad ha de ser para todos; la ley ha de ser para todos; lo que no quieras para ti, no has de quererlo para otro.

Contra todas las máximas y los deseos más o menos justos, y las conveniencias más o menos amañadas, está esta necesidad social que al dejar insegura la vida de todos, a todos nos obligó a conspirar contra el semejante, burlando leyes y burlando preceptos y burlando morales.

¡Calcule el lector la inmensa riqueza moral que se ganaría si en lugar de las actuales bases sociales que nos obligan a engañar y a explotar al prójimo, pusiéramos otras que nos obligaran a pensar cómo favorecer al prójimo! La fuente de esta producción moral sería tan inmensa y tan clara que no necesita explicación ni cabría en un volumen si quisiéramos presentarla ante nuestros lectores.

Somos malos porque tenemos necesidad de serlo y no por el placer de serlo. Somos malos porque en el mal está nuestro bien. Cuando nuestro bien esté en el bien de todos, la idea del mal ajeno por el bien propio se irá alejando de nuestras cabezas, y así como ahora somos malos por necesidad, entonces seremos buenos por necesidad también.

La cuestión está en que esta bandera de emancipación humana no la pleguemos ni la arrinconemos por ninguna otra. Es la nuestra, y además la del tiempo en que vivimos. Antes que este nuestro programa de vida, no hemos de ensayar ningún otro, porque todos están bien ensayados y todos dieron mal resultado. Ni república, ni demo-

cracia, ni dictadura, ni socialismo: ¡Anarquismo! Igualdad económica. Libertad sin Poder. Libertad como una consecuencia del interés general.

Cuanto simboliza un Poder es desigualdad, privilegio y tiranía. La vida y la libertad están en el trabajo y en la Naturaleza. No necesitamos otra cosa. De esta suerte, ni habrá libertad opuesta a la de otro, ni tendremos que prevenirnos contra nadie.

Y conviene que agitemos siempre nuestra bandera y que practiquemos cuanto antes nuestro programa para liberarnos de la esclavitud, la pobreza y el engaño en que vivimos.

LO QUE QUEREMOS LOS ANARQUISTAS

Aspiramos los anarquistas al establecimiento de una sociedad de hombres y mujeres iguales ante la vida, ante el derecho y ante la ciencia.

Se ha dicho, lo dicen los tontos y los tunos y lo repiten los sabihondos, que los anarquistas pretendemos el imposible de cambiar la naturaleza humana al querer que todos los individuos tengan la misma inteligencia. Tal disparate solo nos lo pueden atribuir los tontos y los malintencionados. Los tontos, porque no tienen capacidad intelectual bastante para comprender nuestras ideas, y los malintencionados porque creen que no les convienen.

Queremos a los hombres iguales ante la vida mezclándolos con la vida misma. La Naturaleza no señala honor ni deshonor a favor de ningún nacido. Todos nacemos y morimos de igual manera. La salud tampoco señala diferencia a favor de ningún nacido. Un mismo remedio sirve para una misma enfermedad, padézcala quien la padezca, lo mismo pobres que ricos. Los agentes naturales igual sirven a la economía vital de un afortunado socialmente que de un desafortunado, dentro de la actual sociedad. La vida no hace manifestación alguna a favor de unos ni en contra de otros. Por esto nosotros queremos la igualdad ante ella.

Pugnamos por la igualdad ante el derecho, estimando derecho como las costumbres y las libertades públicas. En realidad, no hay derecho en tanto se entiende por tal unas condiciones sociales emanadas de las leyes escritas. El derecho está en la vida y nace cuando nace uno.

Nadie quiere estar mal. Nadie se queja de estar bien. Si la sociedad uniera todas las conveniencias y todos los intereses en el bien general, ¿por qué habría de empezar una libertad donde termina otra y por qué una libertad habría de existir en pugna con otra?

Admitamos la diversidad de caracteres y aun contrarios entre sí. Los caracteres opuestos solo chocan cuando están obligados a permanecer juntos. Cuando no lo están, se separan y en paz. Salen buscando simpatías y afinidades. Es ley universal que se manifiesta hasta en los cuerpos físicos. Se funden los semejantes. Los dispares se repelen. Y en una sociedad bien organizada a nadie se obligaría a vivir con un carácter encontrado.

Por otra parte, en la diversidad de caracteres interviene mucho la sociedad.

La naturaleza es variada en la forma y en los colores. En el fondo de las razas no es tan variada. La vida tiene diferentes manifestaciones. Lo que sucede es que la sociedad altera y perturba muchas veces las leyes naturales. No hay más que ver la influencia que ejerce en los ánimos. Una noticia contraria al interés de uno, altera su habitual carácter. Un cambio de fortuna en sentido favorable nos hace joviales y alegres. Cuando la noticia es contraria, nos pone de mal humor y convierte en agrios los caracteres más joviales.

Otro aspecto del tema que discutimos se encuentra en la salud. Estamos alegres o serios; somos optimistas o pesimistas según la salud de que gozamos y según nuestra situación económica. Con salud y bienestar económico no hay mal humor ni malos caracteres. Y es cuestión de pensar que la Naturaleza no produce ricos ni pobres. No hay más variedad que la que nos impone la herencia en bien o en mal, pero siempre desde el punto de vista social. Es decir, la sociedad, con su mala organización, deja su herencia en los nacidos. La Naturaleza no produce enfermos. Produce fenómenos, pero no en-

fermos, y aun hay quien dice que los fenómenos no se dan más que en los animales domesticables, es decir, más o menos socializados. Es la esclavitud la que produce las enfermedades. Podemos decir que toda enfermedad es de orden social y que lo es también todo mal carácter, aun el heredado, porque las desgracias y las penas forman su hábito, que, a la postre, de generación en generación, se convierte en fisiológica como cualquier otra enfermedad.

Los males del cuerpo, como los del alma, perdurarán a través de la sociedad de bases justas y de intereses generales, pero cada día la salud será mayor y cada día, por consiguiente, mayor la libertad y la armonía social.

Con la igualdad ante la ciencia no queremos decir igualdad de educación ni de capacidad.

Nunca hemos dudado de que las inteligencias son diferentes y que, por tanto, no han de recibir la misma educación no teniendo la misma capacidad. Decimos igualdad ante la ciencia en el sentido de que los individuos han de ser educados según sus facultades en grados iguales. Para nosotros no hay inteligencias superiores ni inferiores. No hay profesiones superiores ni inferiores. De lo necesario a la vida no se pueden hacer categorías ni siquiera profesiones altas ni bajas. Cuando uno realiza con desagrado una profesión, ha de cambiarla por otra, lo mismo que si fuese un vestido. Lo que cansa hay que dejarlo y renovarlo. Porque lo que se hace con pena se hace mal y como si fuese un castigo.

Es preciso hacer un hombre y una mujer múltiple en sus aplicaciones; no alguien especializado en una sola aplicación.

Queremos la libertad ante la ciencia para que se quede en ella el que esté bien, con la libertad de marcharse cuando esté mal.

Es más: para nosotros, eso de las profesiones liberales ha de ser lo último de las profesiones; diríamos lo superfluo de las profesiones; diríamos lo trivial y el entretenimiento de la vida.

Ni ha de haber categorías dentro de la ciencia ni ha de haberlas dentro de ninguna producción. Todo se hace bien cuando se hace a gusto y todo se hace mal cuando se hace a disgusto.

Queremos la constitución de un hombre asistido de todas las virtudes de la Naturaleza y, de todos los apoyos de la sociedad. Un hombre al que el único deseo que ha de inspirarle sea la confianza de sus semejantes y estar bien equilibrado en fuerzas y facultades.

Hemos de gozar de los beneficios sociales sin más ley que la que el hombre y la mujer llevan dentro de sí, ni más obligación que lo que le imponga su amor a sus semejantes, de quien no habrá de recibir agravios, porque no se verá obligado a perjudicarles para vivir mejor, como ahora acontece.

EN LAS PUERTAS DEL ANARQUISMO

Hemos constituido una sociedad de hermanos al constituir una sociedad de iguales en todos los aspectos de la existencia humana. No hay hombre superior a otro, porque todos son igualmente útiles y todos dan lo que buenamente pueden al bien común. Por otra parte, la sociedad, el conjunto de los hombres, no necesita ni quiere más. Tenemos un principio de vida, la actividad, principio que ha de ejercerse, no ya por necesidad social sino, también, por necesidad vital e individual. Si vivimos, es porque actuamos, y, pudiendo actuar con gusto, no hemos de dejar de actuar. De manera que el temor al abuso y a la holganza es un temor antinatural y anticientífico.

Podemos acercarnos a la sociedad anarquista sin temer que choque con ninguna de las condiciones humanas, aunque choque con todas las condiciones sociales. La sociedad es una organización mudable, la vemos cambiar ante nuestros ojos. La humanidad es una cosa eterna, y, si no lo fuere, escaparía a los cálculos más lejanos.

¿Cómo acercarnos a las puertas de esta sociedad solidaria y libre que hemos señalado?

Hay un hecho de conveniencia colectiva, hecho natural en cuya formación no entra más causa que la de estar mejor en esta parte que en aquella otra. Son los pueblos. ¿Quién fue el fundador de este pueblo español, cualquiera de los pueblos españoles? De muchos no se sabe quién los fundó. Se sabe que ningún pueblo fue fundado por los

mercaderes. Al contrario, los mercaderes acudían donde estaban los pueblos para explotarlos. Todas las villas y los caseríos y las aldeas están fundadas bajo la base del pescador, del pastor o del labrador. Esta fue la vida primitiva, el núcleo primitivo. Del mañoso de entre los pescadores, de entre los pastores y de entre los labradores salió el artesano, del que el artista es una evolución.

Es preciso, pues, proseguir estas condiciones de vida natural que es el origen de la sociedad, apartándose de las costumbres y profesiones que no respondan a un criterio humanitario y que, además, sean enemigas de la salud de los hombres, que, siendo enemigas de la salud de los hombres, lo serán, también, de su bienestar.

Fácil nos fuera probar que la vida primitiva era en común; vida que perturbaron el mercader y el conquistador; vida que aun perturbaban los mercaderes y los conquistadores, a nombre de una civilización que es un robo y un asesinato continuos. No hemos de seguir su evolución ni su historia. Hemos de reconocer que la vida en común es la vida primera y pacífica.

El holgazán pensó en vivir del trabajo ajeno. Este es el origen del bandido, que se convertía en rey o en emperador cuando salía victorioso del empeño y que era ejecutado cuando lo vencían. Esos conquistadores, bandidos, convertían en tributarios suyos a los pueblos que conquistaban. El capitán de los bandoleros se fortificaba en una colina. Sus sacerdotes o sus soldados pasaban a recoger los tributos. Las actuales contribuciones no son otra cosa que reminiscencias de aquellas gabelas.

Este es el origen de la nobleza, de la que tan ufanos se muestran sus descendientes. Su sangre azul es la del holgazán asesino. Del asesinato y del robo salió el señorío, sale aún en nuestros días. Más rico el que más vidas siega y el que más dinero roba.

Y mientras haya mío y tuyo, cualquiera que sea su forma, habrá asesinatos y ladrones y habrá leyes que amparen el asesinato y el despojo; leyes que, no obstante, los sacerdotes del derecho llamarán sagradas y algunos dirán que provienen de Dios.

Hay vestigios sobre la tierra de la vida en común como los hay en las almas. Bienes comunales tendrían aún todos los pueblos si,

poco a poco, el cacique, amparado por el ministro y por las triquiñuelas a que se prestan las sacrosantas leyes, no los hubieran expropiado. No obstante, bastantes pueblos aún conservan bienes comunales. Sirven para el pasto del ganado y, para el fuego del hogar.

Muchos poblados aun hoy mantienen el ganado en común. Un pastor recoge el del lugar y lo saca al monte, que es de todos.

Las bestias ya la saben. Al soltarlos se reúnen en el sitio acostumbrado, lo mismo ovejas, que vacas, que cabras, que algún cerdo, y al ver llegar al pastor se dirigen agrupados a las tierras comunales, que son también de todo el ganado. Al pastor no se le paga con dinero, sino con productos de la tierra.

Aun en muchos pueblos no se pagan jornales. Se devuelven. El trabajo con trabajo es pagado. Así son pagados el herrero, el albañil, el carpintero y hasta, en algunos lugares, el médico y el cura que poca falta hace.

En pueblos de Aragón y Andalucía hay tierras labradas en común; otras por turno entre los trabajadores que menos tienen, y en años de mala cosecha, por acuerdo de todos los labriegos pobres, repiten la labranza de la tierra aquella en que la labor el año dé cosecha mala.

Cuando en una casa falta trigo para llegar a la cosecha, otro vecino se lo presta, devuelve la misma cantidad de trigo después de recogido de la era. Jamás se paga con dinero. Lo mismo pasa cuando hay que sembrar. Se prestan mutuamente la simiente a pagar con el producto de aquella misma simiente. En muchos pueblos, para el cambio de los servicios y de las prestaciones, no les hace falta dinero.

Hasta en las ciudades, de las que una falsa civilización ha borrado toda huella comunista, se ve el origen común del interés humano. Las Hermandades no son más que un apoyo mutuo para casos de enfermedad o muerte. Casi lo mismo podríamos decir de las cooperativas, que tanto se van extendiendo. No importa que se conviertan, algunas, en nuevos mercaderes. El propósito es el apoyo mutuo; la comunidad de intereses, que, de cuando en cuando, resucita del alma humana, recordando su origen.

Las repúblicas municipales de la Edad Media; la federación de los pueblos pequeños contra los grandes, donde residía el tributado, como los montañeses de la provincia de Tarragona contra el arzobispado.

Las Comunidades de Castilla, las Germanías de Valencia, los municipios que tenían franquicias y fueros, respondían a un anhelo sentido en la lejanía de las aspiraciones humanas y del apoyo mutuo. Y sobre todo, no ha habido grandes ideales que no hayan tenido por base la comunidad de bienes. Tampoco importa que, como el cristianismo, haya fracasado en el propósito o se hoya reducido a una comunión de elegidos. La cuestión es que el anhelo de poseer en común los bienes, persiste, y la cuestión es, también, buscar las causas del fracaso. Nosotros ya las hemos encontrado. Es el sacerdocio. Y al decir sacerdocio, no decimos precisamente sacerdote. Decimos pastor, jefe, caudillo, los verdaderos enemigos de la libertad y de la igualdad.

Si se ponen en común los bienes, pero se mantienen las categorías sociales e intelectuales, los bienes del común pasarán a manos del sacerdote, del amo, del jefe, del "¡confiad en mí!", del "¡yo procuraré por todos!", y empezará de nuevo la explotación de! hombre por el hombre.

Hay que sujetar las jerarquías morales a la comunidad de los bienes. Socialmente hemos de ser todos iguales, lo mismo ante los bienes de la tierra que ante los bienes del alma. El que quiere ser más que otros por su talento, a menudo, no tiene talento, aunque tenga algo que a talento se parezca; sobre todo, palabra, que en muy pocos casos representa talento, y se cree humilde y ajena a toda categoría.

LOS MUNICIPIOS LIBRES

Vamos ahora al establecimiento y a la práctica de los municipios como una aproximación al anarquismo y como un principio de la sociedad y vida que se avecina, que se toca casi. Ya hemos visto los vestigios del comunismo en los campos, en las costumbres y en las

ideas. El comunismo, la ayuda mutua, la libertad, se practicarían si no interviniera la autoridad para impedirlo.

Se ha discutido mucho sobre si con un acto de fuerza se puede o no se puede establecer una sociedad anarquista. Desde luego nosotros opinamos que no se puede, pero podemos aproximarnos bastante a ella. Además, el hecho de que con un acto de fuerza no podamos establecer la anarquía (sociedad libre, sociedad sin autoridad coercitiva y sin imposiciones), no supone que hayamos de prescindir de la anarquía por no recurrir a la fuerza ni que hayamos de prescindir de la revolución, porque con ella no sea posible el establecimiento de una sociedad de libre apoyo, y menos supone aún que hayamos de ensayar un nuevo puente para trasladarnos a la verdadera libertad política y a la verdadera igualdad económica.

Lo primero que hace falta, en estos casos, es ver qué se debe hacer y prepararnos para hacerlo bien.

No aludimos ahora, precisamente, a la cultura, que ya hemos dicho en otras ocasiones que con hombres incultos, de buena voluntad, se puede practicar mejor la justicia social que con hombres cultos, de mala fe. Por otra parte, tampoco es de avisados esperar la cultura que nos pueden ofrecer los poderes del Estado. Dichos poderes dan la cultura que conviene a su defensa y no la que interesa al bien del pueblo. El pueblo habrá de adquirir cultura propia en las fuentes de la vida, en sus propios pensamientos, en sus propios sufrimientos y en los libros que escribieron aquellos que nunca fueron Poder y que no han hecho distinción entre sus conveniencias personales y sus ideas.

De manera que no hemos de pararnos mucho en esto de la cultura, aunque hayamos de pararnos bastante en esto de la buena voluntad de los hombres.

Ante todo, ¿qué es revolución? La palabra necesita aclaraciones en una época que llama revolución al establecimiento del fascismo en Italia y de la República en Alemania, en Polonia y hasta en España. ¿Qué ha subvertido el fascismo? Mantiene el Estado, mantiene el Capital, mantiene la Iglesia. ¡Nada ha subvertido!

¿Qué ha subvertido la República en España, en Alemania, en Polonia, en cualquier país de los que han cambiado de régimen político? Nada. Mientras el Poder, mientras el Capital, mientras la Iglesia, mientras la Propiedad privada subsistan, no se habrá hecho una revolución fundamental cuyos beneficios lleguen al pueblo. Podríamos decir que en el mundo no ha habido más que dos o tres revoluciones: la de los esclavos, la de los siervos, y ahora que empieza la de los asalariados. Revoluciones de una misma revolución. No obstante, siempre ha quedado en pie el señorío, porque siempre ha quedado en pie el Poder, que es lo que ahora se intenta destruir.

Del carácter de la revolución rusa podríamos contar también algo: que no mantiene la Iglesia, pero sí el Capital y el Poder. Y porque mantiene el Poder y el Capital, en Rusia no se ha hecho una revolución: se ha efectuado, únicamente, un cambio de régimen político. Existe en aquel país el que no trabaja y vive bien, y existe el que trabaja y vive mal. Y a esto no se le puede llamar revolución. La revolución rusa mantiene el Capital, desde el momento que mantiene, el salario. Que el Capital sea del Estado o del particular, es igual.

Así pues, ¿qué hará una revolución que desee establecer la justicia social y la libertad política? Primero, abolir el Poder. Y ¿cómo se puede anular al Poder? No dándoles hombres ni armas que lo defiendan: negándole gabelas y contribuciones, para quitarle elementos de vida.

En cuanto a los que creyeran que se puede regentar el Poder sin ser tirano y sin gozar de privilegios económicos, no les podemos presentar ejemplos vivos, porque, en este momento, no funciona, en el mundo, un poder socialista de pura evolución democrática: pero existe el Poder comunista ruso, que se tiene por el más avanzado de la tierra, y como todo el mundo sabe, en Rusia se ejerce mayor tiranía, con no ser poco, que en España, y, además, allí gozan de privilegios económicos todos los burócratas que viven del Estado.

Queda, pues, bien patente que no hay Poder ni puede haberlo, sin servidumbre política y sin privilegio económico, y que nadie ha nacido para ser gobernante ni para ser gobernado en razón de su poca o de su mucha inteligencia.

Deben pensar en una sociedad sin Poder cuantos quieren un mundo sin pobres ni ricos, amos ni esclavos. Si, como dijimos, un acto de fuerza no nos puede conducir a una sociedad anarquista, nos puede colocar ante sus puertas sin necesidad de una República socialista ni de una República comunista. Es más, no debemos establecer tal suerte de repúblicas si queremos acabar con la pobreza y con la tiranía.

¿Cómo funcionará el municipio libre y dueño, en común, de su riqueza? Lo mismo que ahora funcionan los municipios; solo, que, entonces, sus habitantes trabajarán para todos los vecinos y el producto del trabajo para todos será también.

¡Que no se nos diga que sin autoridad no se puede vivir! Pien- sen los que tal opinaren las veces que en los pueblos y también en las ciudades, ha intervenido la autoridad que no haya sido o por su propio prestigio o por cometer alguna injusticia o por una cuestión que ha tenido su origen en la existencia de pobres y de ricos o para arran- car gabelas al que suda y trabaja.

De ahí porque hemos dicho muchas veces que hay que echar a un lado a los que pretenden conquistar el Poder y a los que al día siguiente de la revolución social quisieran substituirlo, dándole nombre distinto. Estos habrán de ser entonces los peores enemigos de la libertad y de la igualdad, porque habrán de ser los que quisieran con- tinuar las clases y la explotación del hombre por el hombre, con el pretexto de que ha de haber una administración y una dirección.

Y que nos dispensen los intelectuales y hombres de carrera que, de buena fe, trabajan por la emancipación del asalariado y no desean, dentro de la sociedad de productores que se están formando, ninguna situación privilegiada.

Como hemos visto pocos intelectuales que no deseen vivir del trabajo ajeno y no aspiren a puestos distinguidos en la sociedad de hoy y en lo de moñona, preferimos excluirlos y formar una sociedad de iguales, en la que todos seamos productores, en uno o en otro sentido.

Son tan evidentes los síntomas de descomposición de la sociedad burguesa y hemos hablado tantas veces de ella, que nos creemos relevados de insistir sobre la quiebra burguesa. Está a la vista, lo proclaman los mismos defensores del capitalismo. Además, se ve en el carácter y en la protesta del asalariado, que ya no se contenta con ganar más y trabajar menos, sino que quiere ser igual al que más sea, Las causas políticas de esta quiebra burguesa que está cerca, tan cerca que, como hemos dicho otras veces, no dará tiempo a que los trabajadores se preparen debidamente, son la falta de elementos de vida y de libertad que en el sistema económico burgués se concede al que no tiene dinero. De nada le sirven al pobre la democracia ni la igualdad ante la ley. Sabe, además, que la democracia es solo una delegación, y que los delegados del pueblo, a la hora de actuar, se venden o se acobardan. Solo la acción directa del pueblo hace justicia y busca libertad, porque él mismo se la administra sin delegación. Por esto, mientras haya delegados, representantes, pastores y caudillos, el pueblo será esclavo y pobre.

En el orden moral, el fracaso es tan manifiesto como en el orden político. Moralmente, las religiones y los partidos han fracasado. Ninguno ha podido dar al creyente ni al partidario lo consignado en la doctrina y en el programa. Las doctrinas y los partidos han fracasado por la diferencia que va de lo que dicen sus jefes a lo que hacen. Desde el momento que en siglos de existencia no han podido practicar la doctrina, es que la doctrina es falsa o lo son los hombres que la predicán.

La consecuencia es la misma: hay que prescindir de la doctrina y hay que prescindir de sus hombres. No cabe esperar más. ¿Han venido a darnos la libertad? No se nos ha dado. ¿Han venido a darnos la igualdad? Tampoco se nos ha dado. ¿Han venido a darnos la justicia? No la hemos visto por parte alguna. ¿Hemos de esperar, eternamente, a que se nos dé? No. Y el defecto está en la misma palabra. No se nos ha de dar, porque la libertad y la igualdad son nuestras, nacieron con nosotros. Y mientras esperemos que nos la den los papas, los reyes, los presidentes, los pastores, los jefes, jamás lo tendremos, porque se la quedarán ellos. Pero el fracaso, en síntesis, es

este: tenemos un sentido moral del mundo y de los hombres, que ni el catolicismo, ni el capitalismo, ni la política han podido dar, después de habernos prometido lustros, siglos y épocas que nos sería dado.

¡Basta ya de mañana, mañana! ¡Hoy! ¡Basta ya de “yo te daré”, de “confía en mí”! ¡No hemos de confiar más que en nosotros! ¡Hay que arrinconar programas y doctrinas! El único programa y la única doctrina ha de ser la que cada uno siente dentro de sí mismo, que como todos somos de una misma raza, a todos nos es común: la libertad de pensar. La libertad de comer. La libertad de actuar. Y no hay más. Lo otro, todo es palabrería.

La bancarrota de la sociedad burguesa está llamando a las puertas de la sociedad del porvenir que representan los trabajadores con los ideales de igualdad y de libertad verdaderas.

Desechad el propósito, obreros, de conquistar el Poder. El Poder es como unos zapatos destrozados. De nada os habrán de servir como no sea para dar entrada al lodo que os ensuciará los pies y las almas. No ha habido, ni hay, ni habrá, Poder que emancipe al pobre de la tiranía, del privilegio, ni aun del hambre.

La libertad de pensar, la libertad de vivir, la libertad de trabajar, no os la dará ningún Poder, porque todo mando se sostiene sobre la esclavitud y el sacrificio de los mandados.

Ya saldrán de sus escondrijos los capitalistas que se han encerrado en sus casas con cuánto dinero pudieron coger. El caracol sale llamado por la lluvia del buen tiempo, pero sale a comer. Escondido, sin comer, no podía aguantar más. Estableced, obreros, el Municipio libre, dueño, en común, de sus bienes; no permitáis que nadie coma sin haber trabajado, y ya veréis como salen de sus madrigueras los que se han encerrado en ellas con el dinero que vosotros produjisteis.

Dijimos hace ya algunos años que la sociedad capitalista caería en manos de los trabajadores sin que estos estuvieran preparados para recibirla, Sostenemos hoy el mismo criterio.

Esta vieja sociedad capitalista se desmorona mucho más rápidamente que adquieren capacidad los elementos que han de constituir la sociedad nueva.

En realidad, se produce aquí el mismo desequilibrio que observamos entre el progreso científico y el moral. El científico camina mucho más aceleradamente que el moral y por esto se da al progreso científico una aplicación contraria a los intereses morales de la Humanidad. No existe una moral social capaz de aplicar, en el bien, la capacidad científica de nuestro tiempo.

Pero a la hora presente no podemos discutir si la clase trabajadora está o no en condiciones de hacerse cargo de la nueva vida económica, política y moral que representa el socialismo. El problema es otro. El problema lo plantea el hecho de que la sociedad presente se le caiga de las manos a la burguesía y que sea preciso establecer, en su lugar, unas condiciones sociales más justas y armónicas que las actuales de la mejor manera posible.

Ahora bien, ¿quien prepara las revoluciones? Nadie, porque no tienen especialistas. Si los tuvieran, ¿quién haría la revolución, por preparada que estuviere? Nadie, porque la revolución no tiene peones.

Bastará con que los obreros no quieran morir de hambre, para que la revolución se produzca. Bastará con que los trabajadores se nieguen a pagar las cuentas de los gastos hechos por el capitalismo, para que la revolución se produzca sin o con capacidad, o con solo la capacidad que supone negarse a ser instrumento de las clases directoras.

Como los desheredados no se avengan a desaparecer por medio del hambre o de las balas, es segura la bancarrota de la sociedad burguesa, con preparación y sin preparación revolucionaria; con capacidad y sin capacidad obrera.

Claro que si los trabajadores, de buenas a primeros, quisieran montar una nueva sociedad a la perfección, no podrían hacerlo; pero sí se contentan con una sociedad que asegure la vida y la libertad a todos los participantes en ella, la misión ya no es tan difícil. El ejemplo está en la suerte de una familia que por sus malos negocios o sus muchos gastos, se coloca al borde de la quiebra. El señorito, antes que someterse al trabajo, se pegará un tiro a se dará a la mala vida, si

ya no la hubiera adoptado. No hay redención posible. Solo el más humilde, el trabajador, se puede salvar del vicio y de la miseria. Las naciones, como las familias, se empobrecen por gastar más que ganan.

Conocemos varios casos. Aquí va uno sobre una riquísima familia de labradores. A la segunda generación le pareció de poca alcurnia la labranza de la tierra. Quiso que la familia tuviese un cura, un militar, un médico y un abogado. A la tercera generación, ninguno de aquella familia vivía de la tierra. Se apartaron los brazos de la producción y se dedicaron al consumo. Cada cual tiró por su lado. No se pagaban las contribuciones y el fisco embargó la hacienda. Ni el cura, ni el militar, ni el abogado, ni siquiera el médico, salvaron la casa de la bancarrota. No obstante, la heredad se salvó, pero la salvaron sus mismos braceros que la adquirieron por medio del Banco Hipotecario y de un fiador.

En nuestro caso. Aquellos obreros no estaban preparados para hacerse cargo de la heredad, pero la hacienda se les vino encima y se dispusieron a recogerla y a trabajarla.

Las masas trabajadoras tampoco están capacitadas para hacerse cargo de la sociedad que se desmorona; pero, si no ellas, ¿quién la levantará de nuevo?

Los asalariados no tienen cultura; aquellos tampoco tenían la cultura de sus amos arruinados, pero sabían producir más que ellos. Lo que demuestra que no es el más sabio, sino el más trabajador el que salva las situaciones.

Por de pronto, la burguesía, que son los señores del ejemplo, no puede dar de comer a veinte millones de hombres que hay parados. Es indudable que si la sociedad estuviese en manos de los trabajadores, aquellos parados no existirían. ¿Qué supone la ciencia mecánica ante este hecho? ¿Qué interés puede haber superior al interés de dar de comer al hambriento? No seremos sabios, pero estableceremos la solidaridad humana; esta bastará para salvar al mundo del hambre y de la guerra.

Sobre todo hay un hecho innegable: que la sociedad se derrumba. Si porque el obrero no está científicamente preparado para hacer-

se cargo de ella, la abandona, se apoderarán de la finca, de la sociedad, el administrador, el intermediario, el burócrata, el arrendatario, entonces, los trabajadores continuarán siendo asalariados, aunque lo sean de nuevos amos.

Tal representan el socialismo y el comunismo de Estado. Los jefes, los caudillos, los comités y los comisarios serían los nuevos administradores de la cosa pública, como ahora lo son los capitalistas, y con igual provecho.

En opinión de los monárquicos, España nunca hubiera estado en condiciones de establecer una República. En opinión de los republicanos, España nunca estará en condiciones de establecer el socialismo. Y hasta en opinión de muchos socialistas, el pueblo nunca podrá vivir sin una gran burocracia que lo guíe y administre.

Además, ¿saben tanto nuestros gobernantes de ahora como sabían los pasados? Hemos de decir que no. ¿Saben más estos gobiernos de ahora que nosotros que estamos por ellos gobernados? Hemos de decir que no.

Es preciso desechar, pues, de las mentes proletarias el concepto de su inferioridad para hacerse cargo de la vida social.

Aun admitiendo, como nosotros admitimos, la incapacidad de la clase obrera para sostener una sociedad de civilización científica, pero que, a pesar de la ciencia, vive entre la miseria y la guerra, comprendemos que lo estará para fundar una sociedad sobre el trabajo y la paz.

Con trabajo y buena voluntad de todo puede salirse. Conviene que el obrero se fije en quien le dice que aun no está capacitado para dirigirse a sí mismo, si se lo dice un jefe, o un caudillo, aspirantes al gobierno del país, aunque solo sea el gobierno del Sindicato, puede tener por cierto que la desconfianza en la capacidad proletaria, es interesada.

Si la actual sociedad funcionara medianamente y para derribarla se necesitaran ríos de sangre, bien estaría que antes se pidiera cuidado, tiempo y preparación. Pero aquí no se da este caso. La sociedad se cae por sí sola como se cayó, por sí sola, la monarquía en España, y no cabe decir: es preciso antes capacidad. No da lugar a ca-

pacitarnos debidamente y hemos de prepararnos sobre la marcha y de la mejor manera posible.

Hay un programa inmediato a realizar. Y es asegurar la vida a todas las personas, estimándolas hijas de la madre tierra.

¿Cómo asegurar esta vida? Tenemos ideas universales, pero universalmente no puede ser.

Hay naciones más atrasadas que otras; hasta hay pueblos más atrasados que otros. Esperar a que todos estén preparados para practicar la igualdad y la libertad universalmente, sería esperar demasiado.

Por esto nosotros, de ideas universales, somos partidarios de la federación de municipios libres y dueños de sus destinos. Según los bañe el sol de la cultura, y al decir cultura decimos solidaridad y justicia, establecerán la propiedad común y abolirán la autoridad, como se mata un parásito.

El mismo temor que puede haber de que sean enemigos dos municipios, lo hay de que lo sean dos sindicatos, dos Estados o dos Estados comunistas.

Además, las cosas son cuando han de ser y hasta los mismos que empujamos para que sean cuanto antes, formamos parte de los elementos que contribuyen a que las cosas sean cuando hayan de ser. Son de ahora estos sentimientos de paz y de solidaridad.

Base hay que dar a la vida colectiva y de relación. Un hombre, por individualista que sea, solo no puede vivir siempre; necesitará mujer, necesitará amor, necesitará hijos, necesitará amistades. La familia ha formado el municipio, el municipio la comarca. ¿Cuál mejor que el municipio, dueño de su término y de sus destinos, para crear, por medio de la federación de municipios, la federación universal, unidos todos por el interés común de paz, libertad y justicia? Que el obrero no espere obtener por medios legales su emancipación económica y política. Ya hemos demostrado y lo demuestra la práctica, que la burguesía no dará a los trabajadores otros medios legales que aquellos por los cuales no les pueden quitar sus privilegios.

En la Constitución se escribirán muchas libertades, pero cuando merced a ella el obrero esté próximo a obtener sus reivindicacio-

nes, todas las libertades se borrarán de la Constitución, oponiendo a las aspiraciones del pueblo, la fuerza armada. Ante esta perspectiva, que es la realidad de todos los días, no nos queda más remedio que recurrir a la fuerza, aunque con ella, de momento, no sea posible establecer la sociedad anarquista.

Queda aún un recurso para demostrar más palpablemente, si ya no estuviese demostrado, que por medio de la ley burguesa no se puede acabar con los privilegios que para sí ha establecido el capitalismo.

Los demócratas dicen que no hay más voluntad que la del pueblo; que la única soberanía es la del pueblo; que ellos, en el parlamento, representan la voluntad nacional. Si esto es verdad, si toda soberanía sale del pueblo, si el país ha de hacer lo que acuerde su mayoría y si el poder democrático a la mayoría del pueblo representa, ¿por qué no dar a los pueblos la libertad de establecer, por medio de la democracia, por medio de la mayoría, la estructura económica que el mayor número de cada pueblo acordara? No se lo dan porque la democracia es una falsedad que solo sirve para proporcionar a los pueblos una libertad que de nada habrá de valerle. El pueblo es soberano, pero en su soberanía no puede poner en común la propiedad privada. Luego sobre la soberanía y la voluntad del pueblo está el interés del capitalista y del propietario. El obrero podrá hacer uso de todas las libertades, pero no de aquellas por medio de las cuales pudiese cambiar la propiedad de los talleres o de las fábricas, que es lo único interesante y que sería la única que valdría la pena de acudir al escrutinio. Comprendemos que somos machacones en algunos extremos, pero también comprendemos que es preciso machacar en la idea de que el pueblo es soberano menos en aquello que podría elevarlo de categoría social, que podría emanciparle de la esclavitud del salario y de la miseria. ¡Valiente soberanía la del pueblo!

Admitido el acto de fuerza como una fatalidad, tiene que dirigirse a la expropiación de todos los bienes de cada municipio, convirtiéndolos en comunes por medio de una acción de conjunto.

El movimiento, para poder triunfar, tendría que ser de varias regiones a la vez, cortando las comunicaciones telegráficas, telefóni-

cas y terrestres, lo mismo de vías férreas que de carreteras, así como los campos de aterrizaje de los aviones; pero solo de las capitales, para que las autoridades no supiesen dónde acudir y sí lo supieran, no pudiesen.

Los hombres hábiles de cada región que hayan podido armarse no habrán de actuar aislados ni unidos cada uno en su pueblo, sino que han de reunirse en los sitios estratégicos de cada comarca para hacer frente a la fuerza que el poder burgués mandase en su persecución.

Todos los hombres útiles de cada región habrán de dirigirse a la capital de la provincia por diferentes caminos, desarmando a la gente armada que se encontrara al paso que no fuera adicta, y armando con las mismas armas a la que lo fuese. En la capital se destituirá a todas las personas, sin distinción, que vivieran del Presupuesto y se las enviará al pueblo donde hubiesen nacido para hacer en él la vida de los demás. Y al que no quisiera trabajar, nada de castigo: se le engordará para que muera como los cerdos o se le enviará al monte para que viera si allí le era posible vivir sin trabajar. Igual procedimiento se aplicará a cuantos no aplicasen sus actividades a trabajo útil en una sociedad sin preocupaciones, sin explotaciones y sin venenos industriales.

Dueños de los municipios, lo primero que habrá que hacer será borrar toda huella de propiedad privada para que sea imposible su ordenamiento y su resurrección. Conviene abolir la moneda y sustituirla por los productos del trabajo para cambio de municipio a municipio y de región a región, según las necesidades de cada una. Municipalmente, se almacenará cuanto sea necesario a la vida y al trabajo de la localidad, llevando cuenta de las entradas y salidas, los ancianos y los inútiles para el trabajo, pues hay que demostrar a la gente que cree haber nacido para dirigir a los demás, que administrar y encarrilar en esta y en otra sociedad de buenas intenciones y de intereses generales, es lo más fácil del mundo. Es preciso acabar con la casta de los providencialistas, de los indispensables, de los mandarines y santones.

Convendría abolir el dinero para que de nada sirva a los que lo poseyeran, sobre todo para que no lo utilicen como medio de corrupción.

Del municipio, todos los bienes del Término serán colectivizados, incluso las iglesias, que de poco habrán de servir, porque están construidas sin reglas, sin higiene y de cara al martirio y al pesimismo. Pero en fin, como dice un amigo de Belver de Cinca, para almacén de alfalfa o de otras cosas, ya podrán ser utilizadas.

El que padezca el mal de creer en Dios, que se lo guarde en su conciencia y en ella lo adore y cobije hasta que la instrucción le cure su mal.

El que quiera confesarse, si es hijo, que se confiese con su madre, y si es hija con su padre, que mejor confesor no habrán de encontrar. Cuando sea padre el que pida confesión, que se confiese con su hija y si es madre con su hijo, que confesor más cariñoso, más indulgente y justo no han de encontrar los padres ni los hijos.

Otra de las cuestiones que conviene tener en cuenta es la cuestión de las armas. Nosotros, pacifistas, pero atentos a los intereses del pueblo y de la revolución, creemos que, de momento, las armas no han de abolirse, pero creemos también que han de estar en poder de todos los hombres y de todas las mujeres que las deseen. Es decir, el pueblo armado para la defensa de sus vidas y de sus principios. Lo que habrá de evitarse, con gran empeño, es que unos estén armados y otros no. Lo que hay que evitar es la profesión de las armas. Si unos estuvieren armados y otros vivieran sin armas, se produciría, inmediatamente, el dominio de los armados, sobre los desarmados. Estando todo el mundo armado, no habría que temerse el predominio de las armas sobre las herramientas del trabajo.

Tampoco hay que olvidar que todo en el mundo tiende a ser lo que fue y la única manera de evitar que se impongan las armas es que todo el mundo las tenga, para así impedir que los que aún no hubiesen adquirido el hábito del trabajo, se alzaran en armas contra los trabajadores.

De momento, los inconvenientes habrán de presentarse, en todo caso, por la falta de armas o de medios para adquirirlas. Habrá que

cotizar expresamente para ello. Discursos ya hemos oído bastantes y de huelgas también se han declarado bastante. Ya hemos dicho que a estas alturas las huelgas nada resuelven. Cuanto más caros se paguen los jornales, más cara se pagará la vida.

Lo que ahora hace falla es una preparación armada para defensa de la Revolución que se avecina, y para hacernos cargo de la marcha de la sociedad, que se cae de las manos de la burguesía, porque ha agotado sus ideales y sus recursos; porque su moral es vieja; porque es anticuada su justicia y, sobre todo, porque gasta más que gana. Su mal no tiene remedio.

Contra el anarquismo ha dicho el comunismo de Estado que el Poder será necesario para hacer frente a los poderes extranjeros que querrán intervenir en los países que proclamen la revolución social, para ahogarla.

La premisa es falsa. Contra la Resolución francesa se levantó la llamada Santa Alianza. ¿Qué hizo la dicha alianza contra la Revolución francesa?

Contra los constitucionalistas españoles hijos de aquella revolución se levantaron los Cien mil hijos de San Luis. ¿Qué hicieron los Cien mil hijos de San Luis contra el espíritu constitucionalista? Nada. Una reacción poco puede contra la revolución de un pueblo. La revolución no nace solamente en un país: las ideas son contemporáneas. Y si la reacción de un pueblo saca fuerzas para ahogar la revolución de otro, los revolucionarios de aquel pueblo se mueven para impedirlo, caso de que no aprovechen el momento para hacer, también, su revolución. Poco tardaron Francia y Alemania en concebir una revolución de ideas más fundamentales que las del 93, cual fue la del 48, que pronto se convertía en internacional.

Aquí en España tenemos un ejemplo de lo que puede el pueblo contra un poder extranjero. Lo que contra Napoleón no pudo hacer el gobierno español, lo hizo el pueblo casi sin armas.

No es, pues, preciso un Poder para hacer frente a las armas de Francia, Inglaterra, Italia o los Estados Unidos, que bastante tendrán

que hacer para detener a los propios hambrientos y a los propios revolucionarios. Lo que hace falta para vencer, son ideales que nos alienten y entusiasmen en la lucha. Y si ideales ya tenemos, hay que pensar en las armas para batir a los poderosos y a los injustos.

Estimamos un error dar la tierra al que la cultiva. Con ello, no se haría más que concederla a otro dueño. La tierra no solo ha de ser de todos, sino que han de cultivarla todos, porque no hay ejercicio más completo ni más sano que el cultivo del campo cuando no se trabaja por cuenta ajena. Si el organismo humano ha de ejercitarse físicamente para su equilibrio, nado mejor ni más higiénico que el laboreo de la tierra. La tierra ha de ser, pues, para todos, y han de laborarla todos, como un bien común y con amor. Así el trabajo del campo, como los demás trabajos, sería algo agradable y no agotaría las fuerzas de nadie ni nadie tendría que levantarse, como ahora acontece, antes del amanecer, en verano, y después de anochecido, sin descanso reparador ni alegría en el alma.

Por otra parte, si se estableciera la tierra para el que la cultivara, habría que establecer las fábricas para los que las hicieran funcionar, y entontes volveríamos a los luchas económicas y de intereses opuestos. Para evitarlo, nada mejor que la tierra para todos los hombres y que lo sean también las fábricas, los talleres, las minas, los ferrocarriles. En una palabra, las riquezas que ha creado la especie humana y que creará en adelante.

Establecida la nuevo sociedad sobre la base de los municipios libres y dueños cada uno de la riqueza que posea, riqueza en tierras, en herramientas de trabajo, en máquinas y primeras materias; establecido el producto del trabajo como medida de cambio y la solidaridad humana como unión y lazo, ya pensaremos en el arte y en la ciencia, en las expansiones físicas y morales y en la vida alegre y sencilla.

Los goces del espíritu han de ser para todos, después que se tenga lo necesario para la vida material, que también ha de ser cuestión de todos. El trabajo corporal conviene a los goces del espíritu; los completa y fortifica. Primero el trabajo físico y cubiertas las necesidades del cuerpo, habremos de pensar en los goces del alma. Pero

no como privilegio de una clase, sino como don de todos los hombres, que el arte, como la ciencia, no han de suponer mejor derecho a la vida. Todos hemos de trabajar físicamente por salud, y todos hemos de gozar de las emociones del alma por salud y por justicia. Claro que en la medida que nuestra sensibilidad y gusto lo demanden.

Se habrá de prestar tributo, primero, al bien general, trabajando para las necesidades comunes, y luego al bien individual, ocupándonos en aquellas tareas que más gratas nos sean y más atraigan nuestras facultades. Haciéndolo así, ni la comunidad ahogará al individuo ni el individuo se desentenderá de las conveniencias generales. Es de esta suerte como habrá de armonizarse el comunismo con la anarquía; la libertad individual, con las necesidades de la comunidad.

La hora no es más que para asegurar la vida material a todas las criaturas y particularmente, la de esos millones de individuos que no tienen que comer ni dónde dormir. La hora es de asegurar la vida a los que trabajen y a cuantos tengan ganas de trabajar, que hay mucho que hacer sobre la tierra en beneficio de los municipios, en beneficio de las comarcas, en beneficio de las regiones y del mundo entero, así que se vaya ensanchando la federación de los municipios libres.

Las grandes ciudades que construyeron los servidores científicos de los ricos y sus asalariados, de nada habrán de servirle a una sociedad que se preocupase más de la salud que del negocio. En cambio servirán todas sus fincas de recreo.

Los grandes talleres y fábricas que construyó el capitalismo, no le sirven a una sociedad que no tenga por ley la explotación del hombre por el hombre. En cambio sirven las máquinas que construyen y los instrumentos de trabajo en todas sus formas, cuando el trabajo es útil e higiénico. Las operaciones que no obedezcan a un mayor bienestar general, han de desaparecer. El trabajo en las minas, por ejemplo. Todo lo que se hace hoy por medio del vapor puede hacerse por medio de la electricidad. No ha de haber trabajo necesario ni producto necesario, si al verificarlo se pierde salud.

Hay que arrinconar y destruir cuanto a la salud y al bienestar de los hombres no responda.

Todos los trabajadores: ¡a trabajar para todos los trabajadores!; y a trabajar pensando que si el hombre es más libre cuanto menos necesite a los demás, los municipios también serán más libres cuanto menos necesiten a los otros municipios. Bien está la federación y bien están los pactos de municipio a municipio y de región para aquellas necesidades comunes, pero está mejor que cada municipio se baste a sí mismo, como está mejor que cada individuo se baste a sí mismo, y si pudiera ser que sobrase, para ofrecerlo a los demás.

A tal fin nada mejor que el retorno al lugar de aquellos que lo abandonaron por pobres o por falla de trabajo. Así se descongestionarán las grandes poblaciones; será más fácil el abastecimiento de ellas; se llevará fuerza a los pueblos, que buena falta les hace, y aquellos conocimientos profesionales industriales y científicos que se hubiesen adquirido en la Capital a costa, muchas veces, de la vida y de la salud. Si pudiera lograrse, y con el tiempo se logrará, que no hubiera poblaciones agrícolas y poblaciones industriales, sino que un mismo pueblo fuese agrícola e industrial, sería un gran bien. Pero habrá que poner, hay ya que poner, por encima de todo, la solidaridad humana y la buena voluntad.

No queremos dar por terminado este folleto sin decir que no se ha de pensar en represalias ni en venganzas al hacer la revolución social. Habrá que derramar la menor cantidad de sangre posible haciendo un esfuerzo para olvidar la derramada por el proletariado durante la dominación burguesa y el martirologio que han sufrido los más destacados defensores de la sociedad que los anarquistas queremos establecer, Hay que conocer el corazón humano). Hoy el que mata por venganza pierde toda razón, aunque la tenga, En cambio la generosidad gana todas las simpatías.

La venganza llama venganza; llaman a la fuerza y la fuerza llama al Poder. Por otra parte, cuantas menos víctimas haya de hacer la revolución social, más consolidada estará desde el primer momento, porque sus partidarios demostrarán una mayor preparación moral y capacidad revolucionaria para cimentarla. La revolución social no ha de hacerse para matar burgueses, sino para emancipar a todos los

hombres del malestar general, del odio general, del dolor y de la esclavitud general.

Hay que demostrar que si no somos tan sabios como los defensores de esta sociedad, mísera, guerrera y explotadora, en cambio somos mejores, moralmente. Si no pudiéramos hacer esta demostración con hechos, la sociedad de la paz, de la justicia y la solidaridad humana, no podría sostenerse en nuestras manos.

El único valor positivo que puede reunir el individuo está en su moral y en su salud. Lo demás, todo lo demás, incluso el saber y el dinero, valen muy poco, comparados con aquellos dones.

Hasta por egoísmo, habría de ser generosa nuestra revolución. Si durante la lucha que se habrá de sostener para implantar nuestras ideas a nadie se mata, como no sea en defensa de la propia vida, las naciones no tendrán motivos para intervenir en la marcha de los destinos de España. A lo menos, no tendrán motivos morales, que es lo que más importa.

Y si queremos ser hombres capaces para establecer una sociedad de justicia y de paz, hay que dar ejemplo de humanismo, de tolerancia y de respeto.

No será mejor el que más mate, sino el que más perdone, y si bien es verdad que muchos no podrán de momento perder el hábito del señorío, del mando, de la intriga y de la holganza también lo es que si no confiamos en las virtudes y en las influencias del ideal y del medio, no podremos defenderle ni ponerlo en práctica con fe, que si ahora el ambiente a todos nos hace malos, o no nos deja ser buenos, entonces a todos nos invitará a ser buenos como hemos demostrado en el curso de este folleto.

Ya se nos alcanza que acabemos de hacer el bosquejo de una sociedad futura modesta, pero en estas, como en otras muchas cosas, vale más pecar de humildes que fastuosos.

Por otra parte, los grandes sabios y los grandes intelectuales no habrían de prestar su concurso a una sociedad sin categorías. Si pudiéramos su saber, escribirían largos estudios con prosopopeya, harían entonados discursos con prestancia, para acabar diciendo que sin

sabios que dirijan y sin intelectuales que enderecen, no es posible una sociedad bien ordenada.

Y todo para desempeñar ellos el principal y el mejor sitio, con lo cual ya demuestran que, moralmente, valen menos que el más humilde y el más ignorante de los peones que ofrece su esfuerzo con desinterés y buena voluntad.

Hemos de ser todos productores y todos artistas: todos libres y todos unidos por el bien de todos.

La modestia siempre está bien, y de lo pequeño se va a lo grande con mucha más facilidad que de lo grande a lo pequeño.

Se trata de una iniciación, de una preparación, de un programa, de una fuente de sugerencias, si se quiere. Es la dibujada una sociedad al alcance de todos los pensamientos y de todas las posibilidades, lo que hacía falta en este momento, según nosotros opinamos. Pero el que más que más diga, pero que lo diga pronto, que el tiempo apremia.

NOTAS



ATENEO LIBERTARIO CARABANCHEL LATINA
<https://ateneolibertariocarabanchellatina.wordpress.com>
ateneolibertariocarabanchellatina@riseup.net